



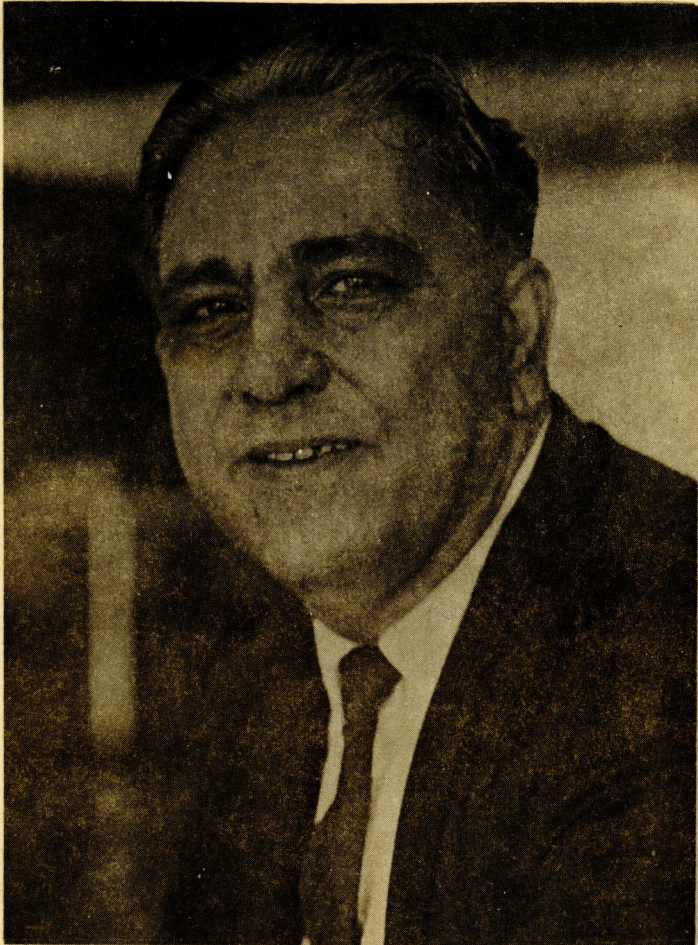
El Boletín

AÑO XXXII

OCTUBRE A DICIEMBRE DE 1967

NUMERO 4

SEMINARIO EVANGELICO — RIO PIEDRAS, PUERTO RICO



**HOMENAJE A DOMINGO MARRERO
NAVARRO**

DOMINGO MARRERO EL HOMBRE DEL CAMINO

por: José A. Cardona

Hace varias semanas que nos llegó la noticia. No era una sorpresa. Esperábamos el fatal desenlace. Un infarto cardíaco había ido mermando los días del pensador, del teólogo, del ministro del evangelio. Lo que sucedió había sido preludiado en varias ocasiones. Algunos de sus estudiantes fueron testigos del aviso de la muerte. Mareos mientras dictaba sus cátedras producían gran desesperación en los oyentes. Salía para el hospital o para su casa. No obstante, llegó el sueño. Sin demostración de agonía, reflejando una serenidad del que triunfa, se nos fue Domingo Marrero Navarro.

Era aquel compañero un gran admirador del existencialismo. Y este sistema filosófico recalca que la muerte tiene la virtud de definir al hombre. Mientras se vive todo es devenir, posibilidad. Al tocar la trompeta para el viaje final los perfiles del hombre se hacen claros, definidos, auténticos. Se fue para ser. El Concilio Evangélico de Puerto Rico sabe que nuestro hermano en la fe y compañero de luchas, ahora tiene una marcada pertinencia en el destino de la causa de Cristo en nuestra isla. Venimos, pues, a ofrecerle la ofrenda de nuestro recuerdo, a consignar sus valías, a contemplarle ya definido.

En una ocasión viajaba yo en tren de Ponce hacia San Germán. En el último vagón un grupo de personas discutían. Movidito por la curiosidad me acerqué para investigar de qué se trataba. Eran estudiantes que se dirigían al Seminario Evangélico de Puerto Rico. Me impresionó un joven que allí debatía, no porque entendiera sus argumentos, ya que era yo estudiante de escuela secundaria, sino por su serenidad, aplomo, y fluidez de su palabra. Pregunté quien era el joven y alguien me dijo: "Ese es Dominguito Marrero, compañero nuestro de estudios teológicos. Está filosofando".

Pasaron algunos años. Una noche asistí a la Universidad de Puerto Rico para escuchar una conferencia sobre José Ortega y Gasset. ¡Qué sorpresa! En la tarima del salón de conferencias apareció el joven que yo había conocido en el tren. Se lució. Manejó tan admirablemente la filosofía orteguiana que se le premió con un estruendoso aplauso y los comentarios más halagadores. Aquella noche surgió una nueva estrella en el firmamento de nuestra cultura.

Ya en otras ocasiones y en otros actos se han presentado algunas de las facetas de la personalidad de nuestro compañero de milicia evangélica. Voy a bosquejar al pensador y al teólogo.

Vivimos en un mundo tan enamorado del quehacer y de la técnica, que olvidamos, con marcada frecuencia, la valía de la reflexión seria y del examen de los fundamentos de la existencia. Lo que se ve, lo que halaga a los sentidos tiene una infinidad de seguidores. Lo intangible parece que no preocupa. El Rdo. Marrero, consciente de este problema, nos señaló el peligro de esa manera de bregar con la vida. Aquí cabe la idea que expresa Emilio Brunner en su libro, *Cristianismo y Civilización*.

Ha empezado una nueva época, en la cual el erudito, el artista, el profeta y el santo han sido substituídos por el soldado, el ingeniero y el hombre de poder político; una época que no es capaz de producir cultura. (P. 11).

El ministro y el catedrático se dio a la tarea de fijarle posición significativa a la existencia. Buceó en el pensamiento de Brightman, de Fyodor Dostoiévsky, de Bergson, de Ortega y Gasset, de Ganivet, de Heidegger, de Marcel, de Sartre, de Buber, de Tillich, de Brunner y de otros colosos del pensamiento contemporáneo. Tuvo preocupación por encontrar un sitio de apoyo, como punto de partida, para la realización de la personalidad. Lo encontró en la fe de Jesucristo. Pero...no basta. La fe se maneja en una situación. Entra la cultura, la filosofía, la historia, la literatura. Estas cosas no son de la fe, pero esclarecen el contenido de la misma.

En la Universidad de Puerto Rico, la que se honró en tenerle como catedrático, siguió desarrollando su pensamiento. Entró de lleno en el campo de las humanidades. Grecia, Roma, la Europa Medieval, la Europa Moderna, se convierten en los teatros de sus incursiones ideológicas. Entraba en el salón de conferencias no como mero repetidor de sistemas filosóficos, de la simple información del libro. No era el escriba o el fariseo del pensamiento. Hablaba con autoridad. Su mente fértil y sensible creaba. Había la conjunción del erudito y del artista. Citaba al filósofo y luego procedía a desmenuzar las ideas. Su decir adquiría momento, dirección, profundidad, anchura. Y produjo obras. Ahí está *El Centauro*, *Meditaciones de la Pasión*, *Los Fundamentos de la Libertad*.

No obstante, el Rdo. Domingo Marrero siguió siendo teólogo. Él estaba enamorado de las cosas eternas. Creyó que la teología no es un mero pasatiempo del intelecto. Era brega apasionada por entender y vivir el aquí y el ahora (*Hic et Nunc*) en conversación con lo eterno. Lo teológico es para servir a la Iglesia. Naturalmente, toda teología está forzada a estudiar y a plantearse problemas epistemológicos, la doctrina de Dios, la antropología cristiana, la vida y obra de Jesucristo, el proceso de la salvación.

El mundo del pensamiento griego pretende conocer y descubrir a Dios por medio de los procesos intelectuales, de una lógica rígida. Así sostenía Aristóteles que Dios es la causa motora que nada la mueve. (Akineesis

panta kinoon). Otros sostenían que Dios es el ser donde los irreconciliables se reconcilian. Surge el problema: ¿Qué pertinencia, qué significado tiene la existencia en ese Dios conceptual? Prácticamente ninguna. Las peripecias de la lógica resultan un buen deporte escolástico pero no la fuerza que transforma la personalidad.

Hay una serie de argumentos racionales que pretenden probar (?) la existencia de Dios. En una ocasión cierto intelectual religioso exponía y desarrollaba estos argumentos. El Rdo. Marrero, inquieto, movía su cabeza en un gesto de no aprobación. El planteamiento ontológico de Anselmo, de Descartes y de Samuel Clarke, que consiste en sostener que el hombre tiene la idea de un ser absoluto, y que la existencia es un atributo de la perfección, lo que lleva a concluir que un ser perfecto debe existir, es inadmisibles. Ya, anteriormente, Immanuel Kant, el sabio de Königsberg, había rebatido la falla de tal argumento ontológico. La misma suerte correrán el argumento cosmológico, el teleológico, el moral y el etnológico. Estas pruebas racionales, según el Rdo. Marrero, eran muy vulnerables. En uno de sus escritos nos dice:

“Los absolutos de la cultura griega aprisionaron de nuevo la vida que surgía. Y se volvió a definir a Dios por medio de una serie de categorías absolutas: omnipotencia, omnisciencia, infinitud, que quedan, por un lado, fuera del sentido personal de Dios en la cultura hebrea, y por el otro, fuera del sentido dinámico que pugna por expresarse desde el renacimiento”.

El intelectual evangélico puertorriqueño encontraba una profunda satisfacción en el Dios de los hebreos. El Antiguo Testamento no plantea problemas metafísicos para descubrir a Dios, sino que lo toma como un dato de experiencia. ¿Acaso Jehová no es el pastor que garantiza a sus hijos que nada les faltará? ¿Acaso no está en las batallas y su brazo fuerte es con su pueblo escogido? ¿No dialoga con los profetas y se interesa por los acontecimientos históricos? Dios es persona que se revela al hebreo. La dimensión de lo personal, el encuentro de dos voluntades, ya sea en tensión o en polaridad, es lo que importa. La experiencia de los hebreos en sus relaciones con Jehová nos dice que mi experiencia y tu experiencia pueden gozar del mismo privilegio. Muchos recordamos la manera cómo el reflexionaba agarrado a la dimensión personal acerca de Isaías y de Jeremías, que a mi entender, eran sus profetas favoritos. ¡Ah! el profeta era la persona que, teniendo los pies sobre la tierra con sus dedos pulsaba la voluntad de Dios.

De igual manera bregaba con el problema antropológico. No se aparta del principio del hombre existiendo. Así como no concebía a Dios como el resultado del intelecto, tampoco veía que el hombre, con letra mayúscula, el arquetipo, el resumen de todos los hombres, con letra minúscula, fuera nuestro mayor interés. ¿Por qué? Sencillamente porque el hombre del mundo de las ideas, a lo platónico, no existe, no se conoce, es una mera abs-

tracción. La época contemporánea no puede tomar las cosas como hechos incuestionables. El hombre tiene interrogaciones pues, aquejado por sistemas de pensamiento que no lo tomaban a él como hecho particular en existencia, desea buscar significado, a su ser. El hombre no es un ser que existe, es que coexiste.

El filósofo Max Scheller y el pensador español Don Miguel de Unamuno contribuyeron a los conceptos del hombre de carne y de hueso que vibraban y eran vida en el Rdo. Domingo Marrero. La frase terenciana, "homo sum, nihil humani a me alienum puto", hombre soy y no considero al humano extraño a mí, es la base para un concepto antropológico de significado hondo para dar sentido a lo que somos. Las palabras claves en que se desenvuelve el ser humano son crisis, agonía, anhelar, sufrir, gozar, etc. Con razón sostenía, que frente a una dialéctica lógica tenemos que colocar una dialéctica vital que, a través de la vida del hombre, en su historia, en su arte, en su literatura, en su cultura toda, nos pueda precisar la más auténtica realidad humana.

Pero...el hombre que vibra en el pensamiento marreriano es un ser en libertad. Este era un tema casi obligado en sus conversaciones. Era su pasión. Le esto se nutría. Sabía dialogar con el extraño que, pisando esta tierra borincana, se hacía dueño de lo que tomaba por la fuerza. No rogaba. No se doblegaba ante el plato de lentejas. Sabía mirar cara a cara para demandar respeto por la coexistencia. Desde luego, el esclavo no coexiste, es cosa, propiedad, instrumento de conveniencia. No se entienda mal estas afirmaciones. Nuestro pensador afirmaba esas cosas pero con un marco de referencia. El hombre no puede exigir del otro hombre cosa alguna si no se ha liberado de sí mismo. Oigámosle: "La primera batalla de la libertad no se gana frente a los demás hombres. La primera y más radical libertad se asegura frente a las demandas del animal que hay en nosotros". En otras palabras, tengo que libertarme del demonio que hay en mí para que predomine el ángel de la libertad.

La vida que se forja en la libertad ni viene de afuera ni nos la hacen. La hacemos. No se fundamenta en la violencia. Predomina el amor. Este es el único imperio que reconoce, el del amor.

Fijemos nuestra atención a una de las preguntas básicas de la filosofía. ¿Qué es la verdad? Porque el genial pensador puertorriqueño bregó con este asunto con devoción, casi sin descanso. Lo que uno crea que es la verdad recurte en todos los actos que realice. Este planteamiento exige que regresemos al mundo griego y al mundo hebreo. ¿Es la verdad aquello que produce una armonía? ¿Es aquello que se conforma a una situación? ¿Es un juicio que produce resultados, o que trabaja? ¿Es la conformidad entre lo que está en el intelecto y el mundo externo? Sostenemos, según nuestro entender, que esas preguntas no se contestan en lo positivo. Aquí propuso el Rdo. Marrero que la verdad está presente en el texto bíblico que

dice "Si vosotros permaneciéreis en mi palabra, sereis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os libertará". En este texto se postula la verdad significativa, pertinente a la existencia, fuerza capaz de liberar. Desde luego, las palabras verdad y libertad son la clave de todo el problema. Libertad a lo hebreo. Verdad a lo hebreo. El pueblo hebreo contemplaba este asunto en la dimensión de lo personal. El criterio no era otro que una relación entre el ser humano y su creador. Cuando Cristo dijo que El era la verdad, no dijo: "Yo tengo la verdad". Dijo "Yo soy la verdad" ¿Cómo? La verdad lo es en tanto en cuanto hay relación personal. Cristo, al ser uno de con el Padre, era la verdad completa. Pero... ¿qué clase de verdad? La que nos libera de las relaciones con lo secundario, lo de este mundo, para relacionarnos con Dios. Y es Cristo quien realiza esa unión. Esta elaboración que hemos hecho demuestra que lo verdadero es aquello que me salva y me libera. Nos dice, pues, este portentoso pensador:

La verdad y la libertad están ligadas. La nota más alta del espíritu es la libertad.

He aquí que el hombre vale, no por lo que es sino por lo que puede llegar a ser.

A menudo se oye hablar de las personas embalconadas y las personas del camino. Los primeros son aquellos que gustan de las posiciones filosóficas o religiosas como simples sistemas o teorías teológicas. La preocupación de éstos es contemplar desde una posición no comprometida y acomodaticia el pasar de las cosas y los acontecimientos. Son los que desean orientar pero rehuyendo participar. En la vida religiosa hay quienes se dejan matar por una idea, pero no viven la idea con sus consecuencias. Los segundos son aquellos que van por el camino. Dialogan con lo que encuentran, sintiendo el mismo sol candente o la sombra refrescante. La pasión de éstos no consiste en la consistencia del pensamiento, aunque no la niegan, sino en meterse en los problemas, sentir el aguijón de las dificultades, no rehuir a lo que venga.

Domingo Marrero es del camino. Lo mismo dialogaba con el creyente humilde, pero metido en una situación común, que con el más avezado pensador que, como él, bregaba con la vida seriamente. Aún más, ni su seguridad económica, ni las amenazas de otros, lo hacían desistir de sus actividades. Si no, recordemos que estaba enfermo, sentenciado a una muerte prematura, adolorido, en sus músculos. Cuando se le decía que limitara sus trabajos, que descansara, contestaba como hombre del camino: Tengo que seguir haciendo y haciendo, porque el que no hace, ya está muerto.

¿Qué valor tiene el contemplar la muchedumbre en su paso si uno no va en el grupo? Una vez Enrique IV regresaba de una batalla. A su regreso se encontró con uno de sus súbditos que le preguntó al rey de donde venía. Dijo el monarca: "De una batalla. Y tú, ¿no estabas allí"? El súbdito

fue fusilado. No tenía derecho a vivir. Si se cree en la libertad hay que hacerla con los que caminan, no con los que contemplan. Hay que ser actor más que espectador. El Rdo. Domingo Marrero sabía que el camino podía ser escabroso, difícil, angosto. Aquello que dijo Cristo que El era el camino implica tomar la cruz y caminar con ella por la calle de la Hermosa o por el camino de la Amargura. Y por ese camino se decidió.

Después de bucear en la obra de pensamiento del compañero ido, cabe una observación muy pertinente. Como ministros y creyentes que somos, ¿qué tenemos que decir de la relación entre las elaboraciones intelectuales que hacemos de las experiencias religiosas y ese tipo de vida existencial? A esas elaboraciones llamamos dogmas o creencias. En un artículo que tenemos a la mano, publicado para el 1953, basándose en algunos conceptos de Henri Bergson, nos habla que hay dos fuentes de la ética y de la religión. Existe la religión estática. Esta se expresa en dogmas, ritos y liturgias "cuya función es conservar los valores aclarados en pasadas conquistas espirituales. La religión dinámica tiene como función abrir nuevas rutas, ganar nuevos valores, y asegurar nuevas intuiciones, que en el curso de los años, cuando son agregadas al orden establecido, pasan a formar parte del acervo estático, ya sea como dogmas, formas litúrgicas o costumbres religiosas. Veis, pues como Bergson ilumina a nuestro compañero en la clasificación entre la experiencia religiosa y su relación con las doctrinas.

Vamos a tener los rasgos más característicos del hombre de fe que había en nuestro hermano y compañero. Hubo una ocasión cuando aquel aspecto de su vida se reveló con un dramatismo y una intensidad elocuentísima. Se trataba de una operación recomendada por los facultativos cuando su condición física se doblegaba por falla cardíaca. Algunos días antes de partir hacia Boston se le acercó uno de sus estudiantes y le dijo: "Profesor ¿no siente Ud. temor que no regrese?" Recuerdo, cuando con ojos serenos, faz tranquila, como si predicara un sermón, le ripostó a su discípulo en tal forma que aquello se constituyó en una cátedra de teología sobre el valor y significado de la fe. Más o menos estas fueron sus palabras: ¿Acaso no soy yo un hombre de fe, de esa fe que sostiene al hombre cuando los demás recursos le fallan? ¿Es que mi misterio no me ha enseñado lo que Dios puede hacer por sus hijos en la hora de crisis?" El estudiante no respondió. Lo que los libros no pudieron enseñarle lo aprendió aquella tarde.

Nos preguntamos: "¿Qué hizo posible que este pensador desarrollara su mente y su pensamiento a tan altos niveles? ¿Por qué a la enfermedad de su carne se sobrepuso cuando otros, por menos deficiencias físicas, se destruyen y se atrofian? Acaso aquí cabe lo que nos informa José Ortega y Gasset en su libro "Notas":

Un naturalista francés, M. Quintón, ha iniciado una teoría nueva para

explicar el triunfo de unos seres sobre otros y de unas cosas sobre otras. Según él, no alcanza la victoria en la lucha por la existencia el tipo mejor adaptado al medio, sino por el contrario, el que posee energías suficientes para perdurar como tal y como es al través de medios que modifican. De suerte el retablo maravilloso de la lucha por la existencia vendría a transformarse en el retablo maravilloso de la lucha por la consistencia.

Antes que Ortega y Gasset dijera esto ya el cristianismo había propuesto la supervivencia de los menos aptos. Teológicamente, el hombre pasa de una etapa inferior a una superior reconociéndose alienado y deteriorado por su rebeldía contra su Dios. Nosotros menos adaptados somos puestos en altura por Dios. Al hacernos cristianos nos hacemos consistentes con nuestro destino. Y el Rdo. Marrero sabía esto muy bien y se dedicó a poner sus posibilidades a funcionar a un máximo a pesar de las dificultades de su estado físico. La fe cristiana produce milagros. La confianza en Dios nos capacita para las aventuras más arriesgadas a pesar de los inconvenientes. Pensar, y bregar con ideas, ver posibilidades, enjuiciar principios, ahondar en los misterios de la vida, bregar con individuos en oposición a nuestra manera de ver las cosas, es la aventura más difícil, más escabrosa. Ya él aceptaba el concepto chino de lo que es crisis: peligro y oportunidad. Las aventuras en crisis son épocas de peligro, pero también épocas de oportunidad.

La presente generación ganará en altura, en anchura y en profundidad si emula las actividades del Rdo. Marrero. El ejercicio de la mente con la disposición de conocer a los sistemas de los demás sin prejuicios ni criterios estáticos es aleccionador para los humanos. Cuando una obra, ya fuera de filosofía, de teología, de historia o de literatura, caía en sus manos la espurgaba de rabo a cabo. Allí donde el concepto era firme, escribía una nota. Allí donde el planteamiento era incierto, falso o tergiversado, anotaba su crítica. Una vez tuve el privilegio de leer un libro que él me prestó intitulado *Idearium Español* por Angel Ganivet. Oigamos algunas de sus críticas a ciertos trozos de la obra de este escritor: "falso, fue en la teología, y aun en el mismo San Pablo", "el catolicismo español es eso, español, no romano", "muy bien", etc. Debido a esta amplitud de mente, el Rdo. Marrero discutía con el opositor religioso, con el político de ideas contrarias a las suyas, con el filósofo con conceptos que él no aceptaba. Bien refleja esta actitud tan saludable para los hombres el Rector Jaime Benítez cuando dijo más o menos las siguientes palabras: "Marrero y yo éramos contrarios en política, en religión, en filosofía, pero él y yo dialogábamos. Y ese placer de conversar, de comunicación es lo grande". No podemos, continuó diciendo yo, encerrarnos herméticamente en lo que somos y en lo que creemos hay que examinar cómo piensan los demás. Acaso comentamos el error aquel del cura de aldea que atacaba al maniqueo sin saber lo que creía el maniqueísmo. Que los hechos hablen y no nuestros

prejuicios. No lo conocemos todo, hay quienes arrojan luz orientadora para el desarrollo de nuestra personalidad.

Para ser justos con los demás y para poder diagnosticar los puntos de vista de aquellos con quienes departimos necesitamos proveernos de buenas herramientas. Comprendiendo muy bien este principio nuestro compañero se dió al estudio. Era un lector voraz. En un clima de abulia para la lectura buena, en un ambiente de haraganería intelectual, no se puede pensar bien ni reflexionar en las cosas serias. Llegaba a una librería y pasaba horas buscando libros y más libros. Era tanto su interés por las obras dignas y de profundo sabor filosófico, teológico, en suma; de la cultura toda, que se privaba, si era necesario, de alguna necesidad personal, por el placer de comprar un libro. No tenía el interés de llevar un adorno a su casa, sino un medio para ampliar sus conocimientos. Si nosotros, como ministros y creyentes, tenemos que ser intérpretes de la verdad divina, si tenemos que lidiar en mundo de ideas, de confusiones, y de desorientaciones, no olvidemos seguir la trayectoria de aquel compañero, que sabía, como dijo un poeta de mi patria, que si a la lucha entramos inexpertos, subimos hoy para caer mañana.

De él aprendimos algo más. Como humanos, nos movemos en dos polos: lo que se ve y lo que no se ve. Muy bien señala que el ser se nutre de principios básicos para su devenir. También necesitamos el objeto, el edificio, la casa, el alimento. Comento yo: ¡Qué valor tienen las adquisiciones materiales si no están dentro del marco de una filosofía de devenir, de proyecciones, de objetivos! Hermosos y grandes templos y edificios, sin un personal adecuado, que conozca esas cosas que no se ven, simplemente satisfacen la curiosidad del que pasa. Pero...un personal sin medios para realizar las ideas, es simplemente un deporte mental. Y las dos cosas eran su anhelo. Así pensaba él acerca del Seminario cuando éste carecía de factores materiales para la tarea que se imponía a su facultad.

Después de haber presentado en forma muy general alguno de los perfiles del gran pensador el fiel compañero, el patriota consumado, ¿qué nos resta? Continuar honrando su memoria a base de las siguientes consideraciones:

Nuestro terruño, aunque pequeño, y quizás un punto del globo, se está sacudiendo y llamando la atención del mundo entero. Aquí estamos haciendo historia, pero historia significativa. Aquí estamos haciendo tanto que el Dr. Benett, el gran erudito protestante que nos visitara nos dijo que hoy Puerto Rico tiene muchas cosas que enseñarle a los Estados Unidos de América.

Es de público conocimiento que esta isla, con tan pocos recursos, se ha dado a la obra de usar sus valores varios, y que, en el curso de los últimos años ha producido cambios sociales, culturales, históricos, que asombran a los que nos visitan. Aunque el progreso material es patente, nos

batimos en un devenir con signos de interrogaciones. Y es que en medio de esta situación, halagadora por un lado, y enigmática por otro, se mueven fuerzas declaradas y ocultas para minar lo que nos puede hacer grandes. Los reaccionarios, los intereses creados, los que elaboran un concepto muy acomodaticio de democracia, los que persiguen destruir lo que en la historia ha costado dolor y sangre, se mueven cautelosamente, se esconden en las sombras, se parapetan en sus condiciones de representantes de esto o de aquello, para que Puerto Rico no cumpla su destino en la historia.

Ante este momento, que puede significar conquistas de valor inmenso, o el retroceso a una situación de derrotas, nos encontramos nosotros los evangélicos. En cada campo, en cada pueblo se levanta una capilla o un templo donde un predicador o un ministro representa lo que Dios quiere decir. Seremos llamados a juicio si no cumplimos con la tarea de sazonar este momento, de ser luz en las tinieblas. A pesar de que representamos lo eterno hablando en la situación, necesitamos inteligencia, tacto, acciones reflexionadas, porque nuestro interés no es ser un grupo más en un conflicto, sino fuerza orientadora, verdad que salva, hacedores de hombres a la luz del evangelio. No podemos caer en tácticas devastadoras. Se impone el amor. Se impone la cordura. Se impone el paso firme. Se impone la madurez. Se impone Jesucristo.

Estos actos de recuerdo que se escurren por todo nuestro ser y que prenden en nuestras almas la honra a nuestro compañero, tienen que repetirse, porque los mentores como Domingo Marrero, ausentes en el cuerpo, contestan presente, cuando nos relacionamos con sus ejecutorias y las orientaciones que nos dejan por lo que hicieron, por lo que eran, por lo que nos enseñaron. Pero la forma más significativa de honrar a los héroes de la fe y del pensamiento, es continuar la obra que emprendieron y que no pudieron completar. Al Rdo. Domingo Marrero se le incrustó esta amada isla de Puerto Rico y por ella suspiraba, luchaba y le dio lo mejor de su ser. El Rdo. Domingo Marrero dejó pauta y camino para las juventudes del hoy, ahondó el mensaje de Jesucristo para demostrar la pertinencia en la vida de nosotros como pueblo, educó al hombre para ser hombre, que aunque de carne y hueso es posibilidad, devenir, realización.

Si al pasar los años surge de este terruño luz que oriente a otros pueblos, respeto a los valores, conquistas del espíritu, pensamiento que guíe hacia los mayores logros, libertad hecha en términos de hombres que se redimen y señalan derroteros de avance, habremos honrado al que un día, en encuentro con Dios, desarrolló su personalidad en las vías que hacen del ser humano lo que debe ser: hombre. Que estos perfiles aquí elaborados nos lancen a la lucha para que nuestra isla sea la isla que Domingo Marrero soñó; que el evangelio sea la fuerza que produzca los mejores hombres, como era su deseo; que el hombre sepa vivir frente a su devenir, como él vivió. Acompañemos a Domingo Marrero, el hombre del camino.

- FIN -